Suplemento Dominical de El Día
octubre 14 de 1973

Cómo nació "Juan de los Desamparados" de Julio C. Da Rosa

JULIO C. da Rosa ha sido siempre fiel a su Treinta y Tres nativo y ha vuelto siempre a él —tanto en su obra, como en su vida—. Y en uno de estos regresos al *lejano pago* parece haber recibido, como premio a esa fidelidad, la semilla de su novela *Juan de los desamparados*. Yo, que asistí de cerca a este proceso, experimenté el deseo de evocarlo; pasaron años —desde aquella segunda década del cincuenta— y escribí a da Rosa, con el propósito de pedirle autorización para develar lo que aparentemente era secreto —el origen de su novela— y para refrescar hechos que el tiempo había desdibujado ya con su inexorable pátina de niebla sobre la memoria. La contestación de da Rosa fue una hermosa carta, llena de franqueza, de vida: auténtico testimonio al que he de recurrir por ser tan amistoso como veraz.

•

El Dr. Alfredo Cáceres, distinguido psiquiatra y hombre de una vasta y seria cultura, solía pasar algunos fines de semana en nuestra casa, en Treinta y Tres. Persona sumamente profunda y humilde, provocaba una sensación de confianza que nacía de un constante y velado deseo de servir. Aunque sus dones humanos eran múltiples nunca los quiso emplear en su propio provecho. Pocas veces pudo escribir y cuando lo hizo, fue también para servir. Cuando Joaquín Torres García llegó al país, Alfredo y Esther de Cáceres fueron su sostén espiritual frente a la negativa general y el Dr. Cáceres escribió —a fuerza de voluntad, ya que creía no tener condiciones para hacerlo— su libro *Interpretación psicológica de la obra de Joaquín Torres García*, en el que apoyaba su defensa con juicios de Azorín, Barradas y otros, estratégicamente diseminados en el ensayo. Hay una anécdota que nos revela en toda su dimensión el estilo de vida del Dr. Cáceres. En una oportunidad alguien le alabó la inteligencia pero él le dijo: *lo importante es ser bueno*, y en este límpio, singular deseo transcurrió su vida, hasta su fallecimiento el 10 de marzo de 1970.

El Dr. Cáceres había tenido muchos artistas entre sus amigos. En esa costumbre de servir había —varias veces— hecho obra de justicia y organizando publicaciones de algunos escritores que, como Felisberto Hernández, ahora son reconocidos pero en su vida pasaron inadvertidos.

En uno de los fines de semana en Treinta y Tres, el Dr. Cáceres fue a visitar al Dr. Adhemar Morales, médico cuya casa es muy conocida y apreciada como un hogar donde se valoriza el arte, especialmente la música, por la que ha hecho mucho, alentando su difusión tanto en la tertulia familiar como en serias audiciones radiales.

Fue en su casa donde ocurrió el encuentro entre el Dr. Cáceres y Julio C. da Rosa.

Lo notable es que el psiquiatra llevaba el propósito de transmitirle oralmente una narración sobre un sencillo hombre de Mercedes, Juan Andrés Carmona, criatura de abierto corazón, capaz de entregar todo por nada. Y también su propósito era pedirle al escritor que diese vida literaria a su real personaje. Pero dejemos paso a la palabra eficaz de da Rosa: *el relato oral originario de mi novelita, pertenece sin duda alguna al Dr. Alfredo Cáceres. Más le digo: en boca de aquel precioso conversador que fue nuestro amigo, el caso Carmona cobraba tales dimensiones de grandeza humana, que a veces me pregunto si en vez de haberlo rehecho a mi modo, yo no hubiera cumplido un mejor servicio para todos, dedicándome exclusivamente a transcribir la grabación directa del relato y a lograr que éste lo publicara bajo su propia firma. Si para algo sirviera a modo de descargo, consten las exhortaciones que le hice a Cáceres para que escribiera la historia de Juan Carmona... Se negó aduciendo que él no era escritor y que yo en aquel momento era el tercer o cuarto narrador ante quien hacía su relato con la esperanza de que alguno de nosotros lo recogiera y el convencimiento de que el modelo bien lo merecía.*

Y ahora nos cuenta da Rosa cómo ocurrió esa entrevista (*a las diez de la noche, ya los gurises durmiendo, éramos cuatro en lo de Morales...*). En la intimidad del hogar, escuchaban música de Beethoven; entre ellos se desliza la presencia suave y femenina de la dueña de casa: *Luisa se deshacía en atenciones de aperitivos con sus correspondientes acompañamientos...*

Recuerda, después, el escritor a *un extraño hombre ante cuya presentación con el nombre de Dr. Alfredo Cáceres yo evoqué una vieja ilustración de la figura de Hércules y por entre cuyas negras barbas asomaban unos ojos que por cierto nada tenían que ver con los del legendario vencedor de hidras y de leones; y yo, vuelto una bolsa de curiosidades en flor.*

Finalizada la música se entabla el diálogo, y en el silencio propicio de la noche treintaitresina, se habla mucho, de variados temas. Y ocurrió que *allá cerca de la media noche, me dijo que me iba a hacer un cuento sobre la vida de un hombre que había conocido en Mercedes, llamado Juan Andrés Carmona, por si el caso me interesaba literalmente hablando, tal como lo había hecho ante otros escritores y en seguida se largó. Hablaba lindo; pausado, mansamente. Pero con un dominio asombroso del oficio de conversar y una gran facilidad para mezclar los ingredientes de toda narración, sobre todo pasar de lo humorístico a lo trágico, con envidiable desenvoltura y sin necesidad de ningún recurso barato. Pero lo realmente extraordinario es que quienquiera podía advertir que aquel hombre se manejaba exclusivamente con datos de carne y hueso humanos... Más que eficacia narrativa él buscaba dar veracidad; más que conmover quería convencer. Más que calificar, trataba de mostrar. La verdad es que conmigo logró su decisión. Y tanto que al final yo ya ni me acordaba de la imagen del Hércules matalodo, subyugado por la mirada aquella, que no era otra que la del Dr. Alfredo Cáceres, cuya imagen definitiva se me reveló aquella noche para siempre".*

•

A las dos de la madrugada, ¿cómo salió nuestro escritor después de tal intimidad, de tan intenso como verdadero encuentro? Ya no puede separarse de la figura de Juan Carmona, aquel *hombre chiquito y oscuro, un casi nadie*, vivo en la palabra de su amigo y vivo también en su alma. Porque Carmona, es decir, Juan de los desamparados es hermano de Ansín, de Macario, de Baladán, de todos los sufridos héroes desconocidos que pueblan el universo de da Rosa.

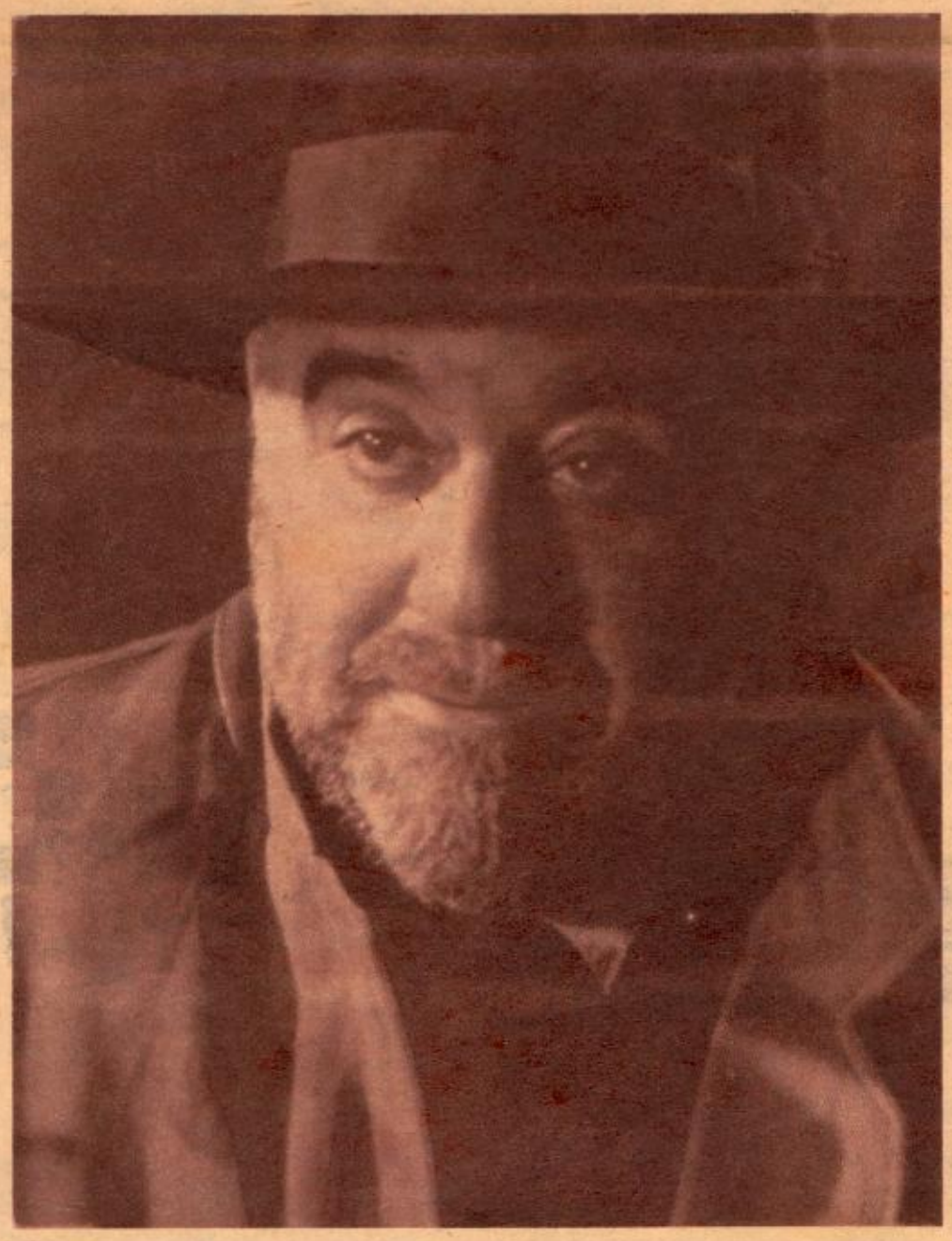
Ese casi nadie que recogía a una criatura enferma, semi-destruida, de pocas luces, y con un patético amor la cuidaba, la vestía de blanco, la colocaba en su sillita entre las plantas, y en esa triste figura hallaba sus delicias, y decía que era "una desamparadita", vivió y sufrió en nuestra tierra y renació, de alguna manera por la armoniosa conjunción de dos espíritus generosos que no tuvieron a menos dar y recibir para dar a su vez algo que tuviese ese no sé qué de consuelo que es la obra de arte.

Han pasado años desde la segunda década del cincuenta, de esa hermosa noche en que Julio C. da Rosa salió de aquella casa *con un propósito más grande de que él mismo*, el de cumplir como escritor con lo recibido en aquella *hora y media de prosa, de aquel proseador de aspecto hercúleo y corazón de gurí.*

Dedicada al Dr. Cáceres, *Juan de los desamparados* vio luz en 1961 y desde ese entonces tuvo varias ediciones. La historia escuchada, trasbordada a la propia sensibilidad del escritor, tamizada por sus nervios, fue vista y revista nuevamente con sus propios ojos: fue recreada. Y el mensaje sigue vivo, a través de la comprensión de dos seres de excepción, que tuvieron como lazo, como unión, la figura pequeña y anónima de Juan Carmona.

Julio FERNANDEZ

Treinta y Tres, mayo de 1973
(Especial para EL DIA)



Julio C. Da Rosa

Dr. Alfredo Cáceres